

culaba en castigarlos. Pero su perseverancia no estaba á la altura de su buena voluntad; la suprema categoría que le había alucinado ahora le causaba tedio, y en sus largas expediciones á través de México volvían á apoderarse de él sus primeras pasiones, el arte, la poesía, la observación de la naturaleza. Dando alas á su fantasía, se entretenía estudiando la flora ó contemplando los paisajes de su nueva patria, y más de una vez terminó como turista los viajes que como hombre de Estado y como soldado comenzara: su curiosidad intelectual era grande, pero se extraviaba queriendo fijarse en todo, y tanta atención ponía en sus exploraciones que se olvidaba de dirigir el gobierno de México.

Su alma estaba muy por encima del nivel común: tuvo frases felices y palabras elocuentes; consagróse á honrar todos los recuerdos nacionales, viéndosele celebrar en Dolores, patria del cura Hidalgo, el aniversario de la independencia y rodear de toda suerte de pompas la fiesta nacional de Nuestra Señora de Guadalupe. Ciertas inauguraciones de obras públicas le dieron ocasión para pronunciar sentidos discursos muy propios para conmover los corazones; pero, por desgracia, su criterio no era tan fijo como generosa era su alma, y, absorto por entero en sus ideas de conciliación y de unión nacional, sacrificó á veces todas las conveniencias y hasta su propia dignidad. Un día, olvidándose de quién era, encomió en un acto público «el valor y la constancia de Benito Juárez (1);» y poco después, en 1866, en lo más fuerte de la crisis financiera, ocurriósele conceder una pensión al general Zaragoza, el peor enemigo de la intervención. Maximiliano creíase ser caballeresco cuando en realidad era simplemente cándido.

Maximiliano, dotado de un carácter variable, unas veces se sometía resignado á la adversidad y otras se rebelaba contra ella; en sus arrebatos de actividad aspiraba á dirigirlo todo y luego dejaba sin resolver los asuntos de los cuales había querido conocer; sentía largos abatimientos, que luego volvían á dejar paso á la ilusión; su espíritu, generalmente irresoluto, tenía á veces extrañas obstinaciones; era clemente en el fondo y, sin embargo, firmaba el *decreto de 3 de octubre* que condenaba á muerte á todo enemigo que cayera en nuestras manos. Todos estos contrastes se explican por los inextricables apuros de un gobierno en el que hasta los hombres más fuertes se habrían gastado. El desgraciado emperador, con mano indecisa y como á tientas, buscaba por todas partes el remedio, y así debía flotar entre todo linaje de pensamientos contradictorios hasta el momento en que, no teniendo ya que velar más que por su honor, lo salvaría por entero.

Puso el colmo á las complicaciones la coexistencia de dos autoridades paralelas: Maximiliano por un lado y Bazaine por otro. La condición de estos dos hombres fué tan singular, que la inteligencia no puede concebir nada más extraño: Maximiliano poseía los honores del rango supremo, pero carecía de la principal prerrogativa del poder, pues al mariscal correspondía el mando no sólo del cuerpo expedicionario, sino del ejército mexicano unido al ejército francés, y á él incumbía adoptar, sin intervención de nadie, todas las medidas militares que, según su resultado, habían de conmover ó de con-

(1) Manifiesto de 2 de octubre de 1865.

solidar al nuevo Estado. Si alguien hubiese preguntado al soberano cuáles eran las fronteras de sus dominios, antes de contestar habría tenido que interrogar á Bazaine, único que podía ensanchar ó restringir el radio de su ocupación y fijar, por ende, los límites del imperio. Bazaine, árbitro de la guerra (y de la guerra dependía entonces toda la política), lo era también, en parte, de la Hacienda, pues podía disponer á su antojo los convoyes y los transportes, reparar los caminos y las plazas fuertes, ordenar, en una palabra, todos los gastos á la guerra anexos, y cargarlos luego al presupuesto mexicano. La misma administración civil debía estar indirectamente sometida á Francia, porque las más de las veces no podía vivir sino amparándose en la fuerza pública, de la que disponía exclusivamente el mariscal. Hubiera sido cosa inaudita que una revolución tan completa no hubiese provocado algunas veleidades de rebelión; y en efecto, desde principios de 1865 comenzaron á manifestarse ciertos gérmenes de desavenencia, y al primer fracaso de nuestras tropas, Maximiliano se dió el gusto de criticar las operaciones militares que no tenía el derecho de ordenar. Además, habiendo tenido las autoridades indígenas algunos altercados con los oficiales de nuestro ejército, el emperador escuchó con benévola atención las quejas de sus funcionarios. A todo esto, Bazaine, que quería agradar á Napoleón, quien á su vez deseaba complacer á la opinión pública, ordenó la repatriación de una de sus brigadas, determinación que en México causó gran disgusto, porque, por desgracia de Maximiliano, el gobierno, que se hallaba mal con los franceses, no podía existir sin ellos. Aconteció poco después que, al Norte del imperio, nuestras tropas evacuaron ciertas plazas que ocupaban, y Maximiliano, al tener noticia de esto, quejóse más amargamente que de costumbre, juzgó aquella medida altamente impolítica y acusó al comandante en jefe de debilidad y de inercia.

Todo contribuía á acentuar las divergencias: Maximiliano tenía todas las susceptibilidades de un protegido y Bazaine todas las exigencias de un protector, y para cada cargo formulado por el palacio imperial tenía el cuartel preparada su réplica. Cuando Maximiliano criticaba las operaciones militares, se le hacía presente, con bastante acritud, que después de todo nuestros soldados trabajaban, sufrían y morían para proporcionarle un imperio; cuando el emperador hablaba del efecto funesto de las evacuaciones, Bazaine contestaba que sus batallones no podían estar en todas partes y que la ocasión era muy á propósito para que el partido imperialista afirmara su existencia defendiéndose por sí mismo; y si el príncipe censuraba los rigores de ciertos oficiales, se le replicaba que la autoridad francesa, responsable de la pacificación, era la que debía apreciar los medios más eficaces para realizarla. Los mismos asuntos civiles tampoco se resolvían sin recriminaciones: «Todo está por hacer,» decía Maximiliano, algo desilusionado de México. «Naturalmente, como que no se hace nada,» respondían irónicamente los franceses, citando en apoyo de su afirmación todos los proyectos vagos, todas las huecas teorías que se discutían cerca del soberano.

Sería, sin embargo, un error creer que los disonamientos degeneraron en abierta hostilidad, puesto que durante el año 1865, y aun durante una parte del siguiente,

te, todos procuraron evitar un rompimiento ruidoso. Bazaine en su correspondencia hablaba muy desdeñosamente de la insuficiencia del joven emperador, y éste á su vez pidió en 1865, según parece, la destitución del comandante en jefe; pero el príncipe preciábase de cortés y el mariscal empleaba siempre un lenguaje respetuoso; y cuando en la corte del emperador se formulaban las quejas demasiado ruidosamente, aguzaba aquél el ingenio para calmar á sus amigos. Las desavenencias aparecían á veces disimuladas bajo atenciones que cualquiera habría creído cordiales: en junio de 1865, Bazaine, que acababa de enviudar, iba á casarse con una mexicana, y Maximiliano y Carlota prodigaron en aquella ocasión al mariscal los mayores testimonios de benevolencia y le colmaron de presentes magníficos; el comandante en jefe, por su parte, que conocía los apuros del soberano, procuró, según más adelante veremos, suavizar las instrucciones sobrado duras que en materias financieras recibía de París. De este modo mantúvose hasta los últimos días una apariencia decente que nada tenía de común con la verdadera armonía. Ya llegaría más adelante el momento en que, agriados los ánimos por la adversidad, se romperían para siempre los vínculos, anudados en varias ocasiones y cada vez más frágiles. Sólo una cosa habría podido evitar la ruptura y quizás atenuar el fracaso final, á saber: por parte de Maximiliano esa percepción clara de las cosas, esa posesión vigorosa de sí mismo que se llama sabiduría, y por parte de Bazaine esa noción elevada del deber y ese desinterés leal que en la vida civil y militar se denomina virtud; pero el emperador no había recibido aquel raro don de la naturaleza, y la alabanza de su virtud habría asombrado al propio mariscal.

V

Mientras Maximiliano luchaba contra todas esas dificultades, un temible vecino vigilaba para contener sus progresos ó para precipitar su caída. Una sola alianza habría sido indispensable, la de los Estados Unidos; y no deja de ser interesante estudiar cómo la poderosa república, primero fríamente reservada y después francamente malévolá, acabó por ser totalmente enemiga.

Desde los comienzos de la empresa se había podido ver, por algunos indicios ciertos, cuáles sentimientos dominaban en Washington. Apenas circularon los primeros rumores de la expedición, el gobierno de los Estados Unidos pensó en encargarse, mediante la cesión eventual de algunos territorios ó distritos mineros, de los intereses de la deuda extranjera mexicana. El objeto evidente de esta munificencia inesperada era introducirse en México haciendo ver que le ayudaba, y sobre todo no facilitar pretexto alguno á la intervención europea; pero este expediente fué mal acogido en París, en Londres y en Madrid.

Mas, á pesar de esta oposición, habíase firmado el convenio de 31 de octubre de 1861, y en Francia, en Inglaterra y en España creyóse que sería un paso hábil y amistoso solicitar de los Estados Unidos que se adhirieran al tratado, lo cual nada ofrecía de extraño, pues, to que también la república americana tenía antiguos y numerosos agravios contra México, cuyo territorio había en otro tiempo invadido y hasta comenzado á des-

membrar. Pero en cuanto se habló de intervención, la enemiga de la víspera se convirtió en protegida predilecta, y Mr. Seward, secretario de Negocios extranjeros, contestó con una negativa á las proposiciones de Londres, París y Madrid, y no contento con substraerse á la alianza, en un despacho circular de 3 de marzo de 1862, que tenía todos los visos de una protesta, consignó sus puntos de vista sobre los sucesos mexicanos, protestando contra cualquiera combinación monárquica, juzgando peligrosa esta solución si se ofrecía la corona á un príncipe extranjero, y condenando una forma de gobierno poco compatible con el sistema que tendía á prevalecer en América.

De momento, aquella protesta no causó gran impresión y ¡ojalá que la hubiese producido! Los Estados Unidos, desgarrados por la guerra civil más espantosa, hallábanse en aquella sazón harta preocupados de su conservación propia para diseminar sus fuerzas en el exterior; pero, aunque impotentes para perjudicarnos ó detenernos, no desperdiciaron ninguna ocasión de mostrarnos su mala voluntad. Contribuía á aumentar las desconfianzas la persuasión bastante general en Washington de que Napoleón se inclinaba á los confederados y utilizaría algún día los Estados del Sur para asegurar su obra en México. Varios indicios robustecían esta creencia: el emperador de los franceses había sometido hacía poco á las cortes de Londres y de San Petersburgo un proyecto de mediación entre los beligerantes, y habiendo los ingleses y los rusos juzgado más prudente la abstención, había sugerido la idea de las negociaciones directas entre los dos partidos rivales. Estas tentativas de conciliación disgustaron mucho á los confederados, pues al aconsejar un acuerdo, una transacción, parecía como que Napoleón quisiera poner sobre un pie de igualdad á los dos combatientes, y ¿no llegaría acaso Francia á reconocer la independencia de los Estados del Sur? El gobierno de Washington, inquieto y sobre todo aparentando estarlo, recogía cuantos rumores llegaban de Europa, sin omitir uno solo. En junio de 1863 promovióse en el Parlamento inglés un debate que pareció confirmar todos sus temores: un miembro de la Cámara de los Comunes, Mr. Roebuck, para exhortar al gabinete británico á que reconociera á los Estados sudistas, fundóse en los sentimientos de Napoleón, á quien había visto poco antes en Fontainebleau, y después de haber referido la conversación que con él tuvo, añadió: «El emperador de los franceses no hizo un misterio de sus ideas y aun autorizó para que fuesen expuestas públicamente (1).» Este lenguaje era grave y á propósito para causar sensación; pero habiendo la legación americana formulado sus quejas, el señor Drouyn de Lhuys desautorizó las palabras pronunciadas por Mr. Roebuck, que además fueron desmentidas por *El Monitor*. Mas, á pesar de estas satisfacciones, las huellas del incidente subsistieron; y así el enviado de los Estados Unidos en París, Mr. Dayton, decía: «Hablando de un arreglo envalentonáis á nuestros enemigos.» El Sr. Drouyn de Lhuys rechazaba esos reproches, pero con cierta flojedad, diciendo: «Su Majestad no ha adoptado política alguna respecto del Sur; lo que

(1) Cámara de los Comunes, 30 de junio de 1863 (*Parliamentary debates*, tomo CLXX, pág. 1777).

hace es esperar.» Era evidente que si Francia quería llevar á feliz cima la empresa mexicana, la política le aconsejaba dividir en dos porciones la gran república del Norte, tender la mano á los confederados y apoyarse en éstos después de haberles asegurado la independencia; y los norteamericanos, suponiendo en Napoleón el mismo espíritu resuelto que á ellos animaba, no podían persuadirse de que el emperador vacilara en orientar deliberadamente su conducta en la dirección exclusiva de sus intereses.

Mientras se desarrollaban todos estos incidentes, nuestro ejército penetraba en el corazón de México y se apoderaba de Puebla; los *sudistas*, al tener noticia de este suceso, hicieron iluminaciones en Richmond. En 10 de julio de 1863, la Asamblea de notables reunida en México proclamó el Imperio, hecho que fué acogido por el gobierno federal con la más despreciativa rechifla: «He recibido, escribía en 22 de septiembre de 1863 Mr. Seward á Mr. Dayton, una notificación de un señor Arroyo, que se titula *subsecretario de Estado de Negocios extranjeros del Imperio de México*, á la que no hemos contestado ni probablemente contestaremos (1).» Aquel desdén, sin embargo, no excluía la inquietud; así es que Mr. Dayton apresuró á visitar al Sr. Drouyn de Lhuys para hacerle ver cuán precario sería el nuevo imperio é insistir en la imposibilidad de una consulta nacional sincera. «El principal obstáculo para el gobierno del archiduque será la hostilidad de los Estados Unidos, replicó fríamente el Sr. Drouyn de Lhuys; que reconozcan ellos pronto á Maximiliano, y nosotros, por nuestra parte, apresuraremos nuestra evacuación.—¡Ah!, repuso gravemente Mr. Dayton; no esperéis nuestro pronto reconocimiento (2).» El día 4 de abril de 1864, cuando el archiduque se disponía á partir de Europa, la Cámara de los representantes, ansiosa de sobreponerse al poder ejecutivo, votó por unanimidad una moción que condenaba el establecimiento de la monarquía en México: tal fué la bienvenida de los Estados Unidos al nuevo soberano. En París el Sr. Drouyn de Lhuys tomó muy á pechos aquella manifestación, y la primera vez que, después de este incidente, se encontró con Mr. Dayton, le dijo: «¡Vamos á ver! ¿Nos traéis la paz ó la guerra (3)?»

No, no era la guerra; los Estados del Sur aún no habían depuesto las armas y la prudencia aconsejaba, por ende, obrar prudentemente, pues una conducta demasiado incorrecta habría dado por único resultado sellar la aproximación entre el gobierno imperial y el partido confederado. Por esto Mr. Seward procuró atenuar la significación del reciente voto parlamentario, y mister Dayton, á su vez, valiéndose de sus relaciones personales con el Sr. Drouyn de Lhuys, le prodigó palabras tranquilizadoras. La única medida adoptada por la República federal fué llamar á su agente en México, mister Corwin, el cual se embarcó en Veracruz y regresó á Nueva York.

(1) Véase *Papers relative to Mexican affairs*, Washington, 1864, pág. 465.

(2) Véase el despacho de Mr. Dayton á Mr. Seward de 9 de octubre de 1863 (*Papers relative to Mexican affairs*, Washington, 1864, pág. 471).

(3) Despacho de Mr. Dayton á Mr. Seward, de 22 de abril de 1864 (*Executive documents*, 1865-1866, segunda parte, página 378).

El día 6 de abril de 1865, Richmond, la capital de los Estados confederados, cayó en poder de los ejércitos del Norte; el día 9, el general Lee vió obligado á capitular; y pocos días después, la sumisión de Johnston acabó de consumar la derrota del Sur. Los norteamericanos, después de haber restablecido violentamente la unidad, se creyeron bastante fuertes para desafiar á Europa: los hábitos contraídos en una larga guerra civil habían aumentado su natural rudeza y la moderación que habían tenido que mostrar durante tanto tiempo les pesaba; de aquí que, abandonando las antiguas tradiciones diplomáticas, inauguraran con verdadera satisfacción un sistema á la vez sentencioso y brutal, pedante y grosero. A fuer de demócratas netos no se contentaron con menospreciar las viejas costumbres, sino que las desgarraron con refinamiento; y su gozo fué completo cuando el conocimiento que adquirieron de los asuntos europeos y de los nuestros, les dió la seguridad de que podían mostrarse insolentes sin correr peligro alguno.

Comenzó la contienda invocando los norteamericanos agravios generales, que es lo que hacen todos aquellos que, habiendo sido débiles y sintiéndose fuertes, se complacen en alzar la voz para vengarse de su pasada reserva. Mr. Bigelow, que había sucedido á Mr. Dayton, echó en cara al gobierno francés sus simpatías por el Sur. «Es opinión acreditada en nuestro país, dijo, que los franceses han deseado la desmembración de la Unión y el establecimiento de dos confederaciones separadas, y para que se mantuviese la buena armonía entre ambos pueblos, sería menester que tal creencia fuese desmentida.» El Sr. Drouyn de Lhuys, algo sorprendido por este cargo que se había formulado ya varias veces, pero nunca en forma tan perentoria, no se apartó de su cortesía habitual. «En otro tiempo, replicó, ayudamos á la fundación de los Estados Unidos, y durante la última guerra hemos observado la neutralidad más estricta, sin que ninguna de nuestras gestiones autorice á pensar que hemos favorecido á un partido en detrimento del otro... ¿Qué es lo que no se llega á decir?, añadió tomando á su vez la ofensiva. ¿Acaso no se repite en París que los Estados Unidos, libres ya de la guerra civil, sólo aguardan una ocasión para arrojarse sobre el imperio mexicano? Deseamos que este rumor sea tan infundado como el que nos atribuye complacencias con el Sur.» Mr. Bigelow, rechazado por este lado, no tardó en formular nuevas reclamaciones; pero esta vez no habló para nada del Sur, definitivamente vencido, sino que insistió en los peligros de una monarquía en México. «¿No será esta tentativa, añadió, el punto de partida de una propaganda monárquica que se extenderá por todo el Nuevo Mundo?» Lo que decía Mr. Bigelow repetíanlo en Washington los hombres de Estado norteamericanos. El nuevo presidente de la República, Mr. Johnson, al recibir á nuestro enviado, Sr. de Montholón, dirigióle un discurso que contrastaba profundamente con los cumplimientos que son de rúbrica en estas audiencias solemnes, pues sin dejar de protestar de sus intenciones pacíficas, hizo alusión á las eventualidades que pudieran turbar las relaciones entre ambos países. Mr. Seward intentó atenuar aquella arena extraordinaria invocando las exigencias de la opinión pública, en aquel entonces muy excitada contra Fran-

cia; pero esta explicación pareció insuficiente. Aquel lenguaje era, como se hizo observar, el que en las relaciones internacionales anuncia las más de las veces y precede á los conflictos (1).

Hasta aquel momento, la mala voluntad no se había manifestado más que por palabras; pero no tardaron en suceder á éstas los hechos. A Maximiliano le interesaba acoger á los sudistas vencidos, utilizar sus brazos y establecerlos como colonos en los vastos territorios no explotados ó en los distritos mineros de México; y para evitar toda reclamación de Washington, adoptáronse las más minuciosas disposiciones: los emigrantes pasarían la frontera uno á uno, serían inmediatamente desarmados, se encaminarían á los sitios que se les designaran y se comprometerían á abstenerse de toda tentativa contra los gobiernos amigos ó limitrofes. Mas todas estas garantías no fueron bastantes para tranquilizar á la suspicaz República norteamericana, que tenía empeño en mostrarse alarmada, y bien pronto se tuvo la prueba de ello. Un cierto doctor Gwin, ex senador de California, había estado recientemente en París, en donde había sido recibido por el emperador, y combinaba un vasto ensayo de colonización en los distritos mineros de la Sonora. Al tener noticia de ello, el gobierno de la Unión creyó, ó fingió creer, que el proyecto, patrocinado por Napoleón, tenía por objeto agrupar los restos de los sudistas rebeldes y fortalecer el imperio de Maximiliano en detrimento de los Estados Unidos, y Mr. Bigelow recibió el encargo de presentar al ministerio de Negocios extranjeros francés unas observaciones que tenían todos los visos de una intimación. El señor Drouyn de Lhuys, para destruir aquella censura, no hubo de hacer otra cosa que repetir lo que tantas veces había dicho, y nuevamente afirmó la estricta neutralidad de Francia en los asuntos de la Unión, añadiendo, lo cual era verdaderamente superfluo, que Maximiliano no podía abrigar ninguna idea agresiva respecto de su temible vecina. En la respuesta del ministro sólo una frase reveló un comienzo de impaciencia: «Estamos dispuestos siempre á contestar lealmente las demandas de explicaciones formuladas en tono amistoso y fundadas en documentos en regla; pero el emperador se halla resuelto á rechazar toda interpelación hecha en tono conminatorio y á propósito de vagas alegaciones (2).» Las relaciones mutuas eran, pues, cada vez más tirantes. A todo esto los proyectos del doctor Gwin fueron abandonados, de modo que aquel asunto, que habría podido traer tan graves consecuencias, se resolvió pacíficamente por sí mismo.

En el entretanto multiplicábanse los incidentes de la frontera. El río Bravo del Norte forma, como es sabido, el límite septentrional de México y separa á éste de los Estados Unidos. Los imperiales que ocupaban Matamoros quejábanse continuamente del apoyo que sus adversarios obtenían de los norteamericanos; en efecto, partidas de todas clases, reclutadas en distintos puntos de la República, atravesaban el Texas, pasaban libremente el río, con el pretexto de comerciar, y se alistaban

(1) Véanse los despachos del Sr. Drouyn de Lhuys, de 23 de marzo, 2 de mayo y 1.º de junio de 1865 (*Documents diplomatiques*, 1866, páginas 174-182).

(2) El Sr. Drouyn de Lhuys á Mr. Bigelow, 7 de agosto de 1865 (*Documents diplomatiques*, 1866, pág. 193).

en el ejército de Juárez; y de Texas sacaban nuestros enemigos sus armas, sus municiones y sus equipos. Varias veces, después de las escaramuzas, se encontraron norteamericanos entre los muertos y los heridos. Los liberales evolucionaban á su antojo en ambas orillas del río Bravo, y los distritos neutrales de la margen izquierda les ofrecían recursos con que avituallarse cuando carecían de ellos, y un asilo seguro en caso de persecución muy enérgica. Cuando las violaciones del derecho de gentes eran demasiado flagrantes, el gobierno central tomaba cartas en el asunto y un simulacro de vigilancia daba satisfacción temporal á las quejas de nuestra diplomacia; pero aquello no era más que una



Mr. Seward

apariencia y no tardaban en reproducirse los antiguos abusos. En octubre de 1865, cuando Escobedo, jefe de las tropas juaristas, bloqueaba Matamoros, la complicidad de las autoridades norteamericanas rayó en escándalo, pues los liberales recibieron hombres, municiones, víveres y, en una palabra, todo cuanto necesitaban, de Texas y en particular de Brownsville, en donde ejercía el mando el general Weitzel. Los cañones de Escobedo estuvieron servidos por artilleros del ejército norteamericano, que ni siquiera habían obtenido su licencia; los heridos juaristas fueron recogidos en el hospital de Brownsville, y á esta ciudad iban los oficiales de Escobedo en los momentos de tregua á descansar, á comer y á entregarse á los placeres. El capitán de navío Cloué, que mandaba la escuadra del golfo, irritado por todos estos procedimientos, tomó la resolución de protestar y lo hizo en el tono perentorio de los marinos que tienen la costumbre de ser obedecidos. En un despacho de 6 de noviembre demostró, por medio de hechos innegables, que Brownsville, á pesar de ser ciudad norteamericana, parecía haberse convertido en cuartel general de los juaristas, y después de recordar al general Weitzel todos los deberes internacionales que éste había olvidado, añadía: «Muy diferente ha sido la conducta de Francia durante la reciente guerra que ha desgarrado á la Unión americana: si hubiésemos hecho

la centésima parte de lo que ahora se hace en Brownsville ó en las orillas del río Bravo, el pueblo norteamericano habría protestado, y con razón. Las leyes internacionales adoptadas por todas las naciones civilizadas, para todas son obligatorias, y no podéis pretender eximiros de las reglas en que os habéis apoyado, á pretexto de que estas reglas ya de nada os sirven.» El americano, llegando en su desatención hasta la grosería, devolvió la carta y añadió insolentemente que aplazaba el contestarla hasta recibir un despacho más decoroso. El mismo día en que el general Weitzel se expresaba en estos términos un nuevo motivo de queja se agregaba á los anteriores: un vaporcito de río, el *Antonia*, mandado por un oficial francés, que remontaba el río Bravo para ir en socorro de Matamoras, fué agredido por varios disparos que procedían de las orillas del Texas; y á las notas conminatorias de Cloué y del general imperialista Mejía respondió Weitzel con singular desenvoltura que se necesitaría toda la caballería de Europa y de América para evitar esta clase de ataques aislados (1). Tal era la extraña neutralidad que observaban los Estados Unidos. A mediados de noviembre, Escobedo levantó el sitio de Matamoras y gracias á esta circunstancia volvió á reinar en las orillas del río Bravo una especie de calma relativa.

En las Tullerías no dejaba de causar disgusto y hasta inquietud la desagradable contienda que se anunciaba. Las primeras ilusiones que acerca de la duración del imperio de Maximiliano se abrigaron habíanse en gran parte desvanecido; pero ya que la empresa había de acabar en un fracaso, siquiera que quedara á salvo nuestra dignidad. En este sentido dedicábase el señor Drouyn de Lhuys á buscar algún arreglo que, sin sacrificio para nuestro honor, nos sacara de todo compromiso con relación á la poderosa y suspicaz República. Una palabra que se le escapó al enviado de los Estados Unidos pareció ofrecerle á principios de octubre de 1865 la solución que tanto ansiaba: en una conversación privada habíale dicho Mr. Bigelow: «¿No opináis que el reconocimiento del imperio mexicano por los Estados Unidos podría facilitar y apresurar el regreso de las tropas francesas?» Y aun cuando aquel lenguaje nada tenía de oficial, el Sr. Drouyn de Lhuys había tomado nota de la insinuación, y sobre aquella simple frase edificó todo un plan de conducta. El día 18 de octubre, en un despacho muy meditado que dirigió á nuestro representante en Washington, hizo presente, refiriéndose á sus comunicaciones anteriores, «el vivo deseo del gobierno francés de retirar lo más pronto posible el cuerpo de ocupación.» «Una actitud amistosa de los Estados Unidos respecto de México, añadía, facilitaría mucho la partida de nuestras tropas.» «Lo que pedimos al gabinete de Washington, seguía diciendo el Sr. Drouyn de Lhuys para concretar su pensamiento, es que se nos asegure que no quiere estorbar la consolidación del estado de cosas fundado en México; y la mejor garantía que podríamos tener de sus intenciones sería el reconocimiento del emperador Maximiliano por el gobierno federal.» Las miras del Sr. Drouyn de Lhuys se indicaban mejor aún en las siguientes líneas: «Que el gabinete de Washing-

(1) Véase *Executive documents, Mexican affairs*, 1865-1866, primera parte, págs. 346 y siguientes.

ton se decida á establecer relaciones diplomáticas con la corte de México, y por nuestra parte no opondremos ninguna dificultad al llamamiento de nuestras tropas en un plazo que podríamos fijar de común acuerdo.» Nada se omitía para calmar ó reducir al irascible adversario, pues á las consideraciones de carácter general se unía la perspectiva de importantes ventajas materiales. «La Unión, terminaba diciendo el ministro, está más interesada que ninguna otra potencia en que sus transacciones mercantiles con México estén amparadas por estipulaciones en armonía con las mutuas necesidades de ambos países; y nosotrs interpondríamos nuestros buenos oficios para facilitar la adopción de un tratado de comercio que cimentase la aproximación política cuyas bases acabo de indicar.» Así se expresaba el señor Drouyn de Lhuys, ávido de disipar toda apariencia de conflicto; y aquella misma noche, en una carta particular al Sr. de Montholón, insistía en la importancia de su comunicación: «El emperador, escribía, os recomienda muy eficazmente el asunto de que me ocupo en mi despacho de fecha de hoy.» La esperanza, empero, fué de corta duración: Francia estaba lejos y Maximiliano era débil, doble razón que autorizaba la arrogancia. Antes de que el Sr. de Montholón transmitiera la respuesta oficial del gobierno americano, Mr. Bigelow había recibido el encargo de declinar todo proyecto de arreglo: los Estados Unidos se negaban á reconocer á Maximiliano y reprobaban más que nunca toda inmixción de Europa en los asuntos del Nuevo Mundo. El gabinete de Washington puso empeño en subrayar con un procedimiento desagradable el fracaso de nuestra diplomacia enviando al mismo tiempo un representante á México en prueba de amistad, pero acreditándolo cerca de Juárez. Además, la elección de aquel enviado no se hizo al azar, sino que recayó en el personaje que más había de desagradarnos, en el general Logán, que se había distinguido por su hostilidad pública contra nuestra intervención (2).

En esas descorteses comunicaciones terminó el año 1865; pero el Sr. Drouyn de Lhuys, con meritoria paciencia, se dedicaba á quitar todo fundamento á los agravios, negando toda idea de hostilidad, no permitiéndose otras recriminaciones que las autorizadas por la más estricta defensa, afirmando que Francia no tenía prevención alguna contra las repúblicas, salvo contra aquellas que, como en México, eran sinónimas de anarquía, recordando que también los Estados Unidos habían en otro tiempo llevado sus armas al otro lado del río Bravo, si bien, menos desinteresados que Francia, no habían descuidado su ventaja personal y habían estipulado en provecho suyo la cesión de una provincia, y haciendo ver que la presencia de algunos de nuestros batallones en México para nada afectaba á la significación del movimiento nacional que había elevado á Maximiliano al trono, del mismo modo que en el siglo precedente la cooperación francesa en nada había alterado la espontaneidad de la sublevación norteamericana. Tal era el lenguaje de nuestra diplomacia (3); pero desgra-

(2) Véase *Documents diplomatiques*, 1866, pág. 204 y siguientes, 210, 212 y siguientes.

(3) Véase el despacho del Sr. Drouyn de Lhuys al Sr. de Montholón, de 9 de enero de 1866 (*Documents diplomatiques*, págs. 216 y siguientes).

ciadamente toda aquella prudencia, toda aquella lógica, resultaban inútiles: tres años antes, Napoleón, en sus instrucciones al general Forey, había descubierto imprudentemente uno de los objetos de la expedición, que era contener el poderío excesivo de los Estados Unidos, y éstos, que habían tomado nota de esta confesión y que ahora se veían libres de todo peligro interior, no tenían otra idea que obligar á volverse á Europa á aquellos que habían pretendido limitar su expansión en el Nuevo Mundo. Los miembros del Parlamento se adelantaban al poder ejecutivo, señalándole imperiosamente el camino que debía seguir, y hablaban de Maximiliano, «el que se decía emperador de México,» como hubieran podido hacerlo del más vulgar aventurero. Aquellos hombres eran los intérpretes de una opinión turbulenta á la que los ciudadanos más prudentes no osaban resistir. Algún tiempo después, el gobierno federal, ansioso de marchar al compás de la opinión pública, insertó en los *papeles parlamentarios* todas sus correspondencias diplomáticas, de suerte que al pensamiento malévolo que había inspirado los despachos añádióse la malevolencia mayor de divulgarlos.

VI

De todas las desdichas de Maximiliano no era la peor la hostilidad de sus adversarios, sino el cansancio y el desaliento que comenzaban á apoderarse de sus amigos.

En el mes de abril de 1865 habíase preparado, como hemos dicho, en el Palacio Borbón un espectáculo aparatoso, en el que todo había sido cuidadosamente dispuesto, escenario, actores y discursos. La Cámara había escuchado con curiosidad al Sr. Corta y con emoción al Sr. Rouher, y el empréstito, del que todas aquellas arengas habían sido sólo el prospecto, había obtenido un éxito superior á toda esperanza. Fueron horas de ilusión aquéllas, pero fueron las últimas: cuando cayó el telón, cuando se hubieron apagado las últimas luces de la batería, toda aquella elocuencia apareció vacía ante la reflexión, el Cuerpo legislativo se arrepiñó de sus aclamaciones y el público de su confianza, y los mismos ministros se asombraron de lo que habían afirmado tan temerariamente.

El Cuerpo legislativo fué el que, tras largas complacencias, más contribuyó á abreviar ó á restringir la empresa. Esta afirmación parece á primera vista discutible, dado que las declaraciones gubernamentales tuvieron siempre quienes las aprobaron; pero los diputados de la época imperial tenían unas costumbres que los parlamentarios modernos difícilmente comprenderían. Siendo como eran de temperamento respetuoso, su descontento se manifestaba, no con murmullos, sino con aplausos más débiles, siendo la más grave de sus manifestaciones el silencio. Era menester leer entre líneas sus dictámenes, sorprender los matices y observar, por decirlo así, el sonido de sus palabras; sus resistencias eran suaves, discretas, hasta humildes, pero bastante tenaces, y habría sido imprudente arrostrarlas á pretexto de que no eran ruidosas. Donde mejor pudo notarse esta disposición de ánimo fué en los asuntos mexicanos; cuando se encomiaban las elevadas miras de la política imperial, guardábanse mucho de desaprobárselas, pues no querían mostrarse ni dudosamente leales ni mezquinos

de espíritu; pero dejaban el cuidado de aplaudir á los familiares de palacio; en cambio, si se hablaba de evacuación, su caluroso asentimiento era por sí solo la mejor de las lecciones. La cuestión de México llegaba generalmente á la Cámara en forma de peticiones de crédito ó á propósito de la discusión del presupuesto, y cuando el gobierno consignaba como partidas de ingresos todo lo que debía Maximiliano en virtud del tratado de Miramar, los diputados mostrábanse cortésmente escépticos en cuanto á estos cálculos, y en el seno de las comisiones, no reparaban en declarar completamente ficticio el equilibrio mediante tales recursos logrados. «La expedición de México, decía irónicamente Julio Favre



El general D. Mariano Escobedo

de 8 de junio de 1865 con motivo de la discusión del presupuesto, figura á la vez en los gastos y en los ingresos; pero para recobrar los 25 millones incluidos en éstos es preciso votar antes los 30 millones consignados en aquéllos.» Este amargo lenguaje era acogido con murmullos, pero entre la oposición y la mayoría sólo el tono y la intención eran diferentes. ¿Hablaban de otro modo los más fieles amigos del imperio en las sesiones secretas de las comisiones? La oposición, aun la que se hacía públicamente, era á veces acogida con cierto favor cuando se presentaba despojada de todo acento de hostilidad ó de burla inconveniente. «Es simplemente una locura, dijo un día Berryer, querer fundar el equilibrio de nuestro presupuesto en la esperanza de los créditos mexicanos;» y ante estas palabras inspiradas en el patriotismo, no en la pasión, pudieron observarse numerosos signos de asentimiento y hasta resonaron en el salón algunos «¡Muy bien!» que partieron de los centros. El gobierno, para rehuir las objeciones, englobaba los créditos especiales para México en créditos más generales aplicables á objetos no susceptibles de discusión, y las más de las veces revelaba sus descubiertos poco á poco, graduaba las sorpresas y escalonaba las peticiones, imitando en esto á los hijos de familia que, temerosos de las amonestaciones paternales, sólo confiesan sus deudas en detalle y en manifestaciones sucesi-